

En nuestra sinagoga vive un animal del tamaño aproximado de una marta. Se le puede ver con frecuencia, tolera que se acerquen los hombres hasta una distancia de dos metros. Es de un color claro, verde azulado. Nadie ha logrado tocar su piel, así que no se puede decir nada de ella, casi se podría afirmar que, en realidad, se desconoce el color real de la piel, tal vez el color visible procede del polvo y de los restos de mortero que la cubren, pues el color se asemeja al enfoscado en el interior de las sinagogas, sólo que es un poco más claro. No obstante su recelo, es un animal increíblemente sedentario y tranquilo; si no se le asustase con tanta frecuencia, apenas cambiaría de sitio. Su lugar favorito está al lado de las rejas de la estancia reservada para las mujeres; con visible placer se agarra al enrejado, se estira y mira hacia abajo, y esa osada posición parece divertirle, pero el guarda del templo tiene el encargo de no permitir que permanezca allí, ya que podría acostumbrarse y eso no se puede tolerar, pues las mujeres le tienen miedo. El porqué de ese temor, está poco claro. Es cierto, a primera vista tiene un aspecto bastante terrible, especialmente la longitud del cuello, el rostro triangular, los colmillos protuberantes y casi horizontales, sobre el labio superior destaca una hilera de largos pelos, claros y fuertes, todo eso puede asustar, pero en seguida se ve uno obligado a reconocer lo poco peligroso que resulta ese susto aparente. Ante todo se mantiene alejado de los hombres, es más tímido que un animal del bosque, sólo parece estar unido al edificio y su desgracia particular consiste en que este edificio es una sinagoga, esto es, un lugar bastante animado a ratos. Si hubiera alguna posibilidad de entenderse con el animal, se le podría consolar diciéndole que la comunidad de nuestra pequeña ciudad en las montañas se va haciendo más pequeña de año en año y que ya pasaba apuros para costear la conservación de la sinagoga. No se excluye que en algún tiempo la sinagoga se convierta en un silo o algo parecido y que así el animal tenga la tranquilidad que tan dolorosamente le falta.

Ciertamente, son sólo las mujeres las que temen al animal, a los hombres les es indiferente, una generación se lo ha mostrado a la otra, lo han contemplado una y otra vez, finalmente ya ni siquiera se le ha mirado, incluso los niños que lo ven por primera vez ya no se asombran. Se ha convertido en la mascota de la sinagoga, ¿por qué no puede tener la sinagoga un animal propio, tan singular que no se encuentra en ninguna otra parte? Si no estuvieran las mujeres, nadie sabría de la existencia del animal. Pero las mismas mujeres, en realidad, no tienen miedo del animal, sería extraño tener miedo de él día sí, día también, así durante años y décadas. Ellas se defienden diciendo que el animal se acerca mucho más a ellas que a los hombres, y en

eso tienen razón. El animal no se atreve a bajar donde están los hombres, nunca se le ha visto abajo, en el suelo. Si no se le deja estar en el enrejado de la estancia para las mujeres, se mantiene como mínimo a la misma altura en la pared de enfrente. Allí hay un estrecho resalte de la pared, de apenas dos dedos de ancho; el animal da un rodeo y se sube a él, allí se mueve de un lado a otro o permanece sentado tranquilamente en un lugar determinado frente a las mujeres; es incomprensible lo fácil que le resulta deslizarse por ese camino tan estrecho y cómo allí arriba, al llegar a uno de los extremos, se da la vuelta. Es digno de verse. Aunque es un animal muy viejo, no duda en realizar el más osado brinco en el aire, que, además, nunca falla; da un giro en el aire y ya corre por la estrecha pista de vuelta. No obstante, cuando se ha visto una y otra vez, ya harta y no tiene ningún estímulo más para seguir mirando. No es ni el miedo ni la curiosidad lo que mantiene a las mujeres en movimiento, si se concentraran más en las oraciones, podrían olvidar por completo al animal; las mujeres piadosas así lo harían, si las demás, en mayor número, lo permitieran, pero éstas sólo quieren llamar la atención y el animal es un buen pretexto para ellas. Si pudieran y tuvieran el valor, les gustaría atraer al animal para que se les acercase mucho más, y así poder asustarse con mayor motivo. Pero, en realidad, el animal no pretende acercarse a ellas, mientras no le atacan se preocupa tanto de ellas como de los hombres, lo que sin duda preferiría es mantenerse oculto, como vive en los intervalos en que no hay servicio divino, probablemente en el agujero de un ratón que aún no hemos descubierto. Sólo cuando se comienza a rezar, aparece, asustado por el ruido, quiere ver lo que ocurre, quiere permanecer alerta, quiere ser libre, capaz de huir, así que sale por miedo, por miedo hace sus cabriolas y no se atreve a retirarse hasta que el servicio divino ha concluido. Prefiere, naturalmente, las alturas, porque allí se siente más seguro, y sobre el resalte y en el enrejado es donde posee mayores facilidades para correr, pero tampoco permanece allí siempre, a veces desciende hasta donde se encuentran los hombres; la cortinilla del tabernáculo pende de una brillante barra de latón que parece atraer al animal; con demasiada frecuencia se desliza hasta ella, pero allí siempre se queda tranquilamente sentado, ni siquiera al encontrarse tan cerca del tabernáculo se puede decir que moleste, parece contemplar a la comunidad con sus ojos relucientes, siempre abiertos, tal vez carentes de párpados, pero no dirige la mirada a nadie en concreto, sino que se limita a hacer frente con la mirada a los peligros ante los que se siente amenazado.

No parece ser, en este sentido y hasta el día de hoy, mucho más razonable que las mujeres. ¿Qué peligros puede temer? ¿Quién alberga la intención de hacerle daño? ¿No vive desde hace muchos años abandonado a sí mismo? A los hombres no les importa su presencia y la mayoría de las mujeres serían con toda probabilidad infelices si desapareciera. Y como es el único animal en la casa, no tiene enemigos. Se tendría que haber dado cuenta ya, después de tantos años. Y el servicio divino puede ser para el animal todo lo terrible que se quiera, pero se repite con modestia todos los días y, algo incrementado, en las fiestas, siempre con regularidad y sin interrupción. También el asustadizo animal se podría haber acostumbrado, sobre todo al comprobar que no es el ruido de perseguidores, sino un ruido que no le incumbe para nada. Y, sin

embargo, ese miedo. ¿Es acaso el recuerdo de algo pasado o el presagio de tiempos venideros? ¿Sabe acaso más este animal que las tres generaciones que se reúnen en la sinagoga?

Hace muchos años, así se cuenta, se intentó realmente expulsar al animal. Es posible que sea verdad, pero es más probable que se trate de una historia inventada. No obstante, se puede demostrar que antaño se estudió desde la perspectiva de la ley religiosa si se podía tolerar la presencia de un animal semejante durante el servicio divino. Se recopilaron los informes de varios rabinos famosos. Las opiniones estaban divididas, la mayoría estaba a favor de la expulsión y de la nueva consagración del templo, pero era muy fácil decretar desde la lejanía, en realidad era imposible expulsar al animal.